

Poema de la siembra

En mitad del potrero mañanero,
mi padre labrador
dióme un puñado de semillas rubias,
un puñado de sol,
y patriarcal y generoso, dióme
la primera lección:

“Haz con el brazo un círculo sereno,
ancho y alucinado el ademán,
cual si fueras a dar al horizonte
un abrazo fugaz.

Abre un solo barrote de la jaula,
un dedo nada más,
el mismo que se cierra en el gatillo
para herir o matar,
y suelta las semillas jubilosas
a volar.

Avanza lento, acompasado, alegre,
lleno de poderosa idealidad:
bajo tus pies se escuchará el milagro:
la música del haz.

¡Mira cómo repican en la tierra,
con risa cereal,
y corren por los bordos y terrones
sin saber dónde van,
o se quedan dormidas en las grietas
donde la noche está!

...Y se llama al voleo
este modo sencillo de sembrar
entregándose en oro a la solana
que en oro se nos da.

Cobra tu brazo la noción del ala
y de la inmensidad:
casi llegas al cerro con la mano,
casi tocas las crenchas del parral,
casi estremeces la alameda alerta
y trasciendes la nube que hay detrás.”

Sobre el pecho yacente del potrero
arrojé las semillas al azar;
semejaban estrellas en la oscura
besana elemental.

Detrás de mí, la yunta hilaba el surco,
acompasada y contumaz.
Una tonada dulce de mi padre
renacía del agro germinal.

Entonces comprendí cómo se canta,
cómo se siembra el pan:
con la esperanza alerta
y el corazón en paz.

Miré el cielo redondo y asombrado,
lleno de melodiosa claridad;
la tierra estaba alegre y manso el viento:
¡era la hora de la eternidad!